

uno de sus hijos tan ignominiosamente? ¿No hubiera sido mas noble matar á la duquesa de Berry que hacerla sufrir tan tiránica humillacion? Lo que ha habido de indulgencia en este infame asunto, pertenece al siglo; lo que ha habido de infamante, al gobierno.

La carta y la nota de la señora duquesa de Berry son notables en mas de un punto: la parte relativa á la reunion de la Bélgica y al matrimonio de Enrique V demuestra una cabeza capaz de cosas serias; la parte concerniente á la familia de Praga es tierna y penetrante. La princesa teme hallarse obligada á detenerse en Italia para reponerse un poco y no asustar con su mudanza á sus pobres hijos. Nada mas triste ni mas doloroso. Añade ademas: *Os suplico, Sr. de Chateaubriand que expreséis á mis hijos toda mi ternura por ellos, etc. etc.*

Si: iré á desempeñar la última y la mas gloriosa de mis embajadas; iré de parte de la prisionera de Blaye al encuentro de la prisionera del Temple; iré á negociar un nuevo pacto de familia, á llevar los abrazos de una madre cautiva á sus hijos desterrados, y á presentar las cartas con que el valor y la desgracia me acreditan cerca de la inocencia y de la virtud.

SALIDA DE PARÍS.—CARRUAJE DE CAMINO DE MR. DE TALLEYRAND.—BASELEA.—DIARIO DE PARÍS Á PRAGA, DESDE EL 14 AL 24 DE MAYO DE 1833, ESCRITO CON LAPIZ EN EL CARRUAJE Y DESPUES CON TINTA EN LAS POSADAS.

A la carta de la princesa se hallaban unidos otra carta para la señora delfina y un billete para los dos niños.

De mis grandezas pasadas conservaba un cupé, con el que brillaba en otro tiempo en la corte de Jorge VI, y un carruaje de viaje construido al uso del príncipe de Talleirand. Hice habilitar este, á fin de que pudiese resistir el viaje, porque su origen y su forma era poco á propósito para correr tras de los reyes caídos, y á las ocho y media de la tarde del 14 de mayo, universitario del asesinato de Enrique IV, salí de París para ir al encuentro de Enrique V, niño, huérfano y proscripto.

No dejaba de causarme alguna inquietud el estado de mi pasaporte. Expedido por el ministerio de Negocios Extranjeros doce meses hacia, no tenia direccion; dado para la Suiza y para la Italia, me habia servido para salir de Francia y entrar en ella, y diferentes refrendos manifestaban estas diversas circunstancias. No quise hacerle refrendar para el punto de mi viaje, ni pedir uno nuevo. Todas las policías hubieran sido advertidas, todos los telégrafos se habrian puesto en juego, y habrian registrado en las aduanas, no solo mi equipaje, no solo mi carruaje, sino hasta mi persona. Si mis papeles hubiesen sido cogidos, habria habido pretextos para persecuciones, para visitas domiciliarias, para arrestos, y hasta se hubiera prolongado el cautiverio real, probándose que la princesa tenia medios secretos de comunicacion con el exterior. Me era pues imposible descubrir mi viaje pidiendo un pasaporte, y por lo tanto me confié á la suerte.

Evitando el camino demasiado frecuentado de Francfort y el de Estrasburgo, que pasa por la línea telegráfica, tomé el camino de Basilea con Jacinto Pilorgue, mi secretario, y Bautista, mi ayuda de cámara cuando yo era señor, y convertido en simple criado á la caída de mi señoría. Mi cocinero, el famoso Monmirall, se retiró á mi salida del ministerio, declarando que no volveria á los negocios sino conmigo. Bajo la restauracion se habia decidido sabiamente por el introduccion de embajadores, sabiendo que todo embajador volvia á la vida privada; Bautista habia vuelto al servicio doméstico.

Al llegar á Altkirch, última parada de la frontera, se me presentó un gendarme pidiéndome el pasaporte, y despues de leer mi nombre me dijo que habia hecho bajo las órdenes de mi sobrino Cristian, capitán de dragones de la guardia, la campaña de 1823. Entre Altkirch y San Luis encontré á un cura y sus feligreses que hacian una batida contra los cigarrones, plaga que se habia multiplicado mucho desde la revolucion de julio. En San Luis, los empleados de la aduana, que me conocian, me dejaron pasar sin ninguna formalidad. Llegué muy alegre á la puerta de Basilea, donde me esperaba el viejo tambor mayor que en el mes de agosto anterior me habia infligido un *tedit garandame l' un quart d' hire*; pero no habia ya motivos de cólera, y fui á apearme en los Tres Reyes, á orillas del Rhin. Esto sucedia el 17 de mayo á las diez de la mañana.

El amo de la fonda me proporcionó un criado, llamado Schwartz, natural de Basilea, á fin de que me sirviese de intérprete en Bohemia. Hablaba el alemán como mi buen José el griego en Messania al preguntar por las ruinas de Esparta.

El mismo dia 17 de mayo, á las seis de la tarde, salí de Basilea. Al subir en mi carruaje me quedé admirado de ver al gendarme de Altkirch en medio de la multitud, y pensé si habria sido despachado en mi seguimiento; pero no habia venido mas que á escoltar el correo de Francia. Le hablé algunas palabras para informarme del objeto de su viaje, y, sabido, le dí para que bebiese á la salud de su antiguo capitán.

Un estudiante se me acercó y me echó un papel con el sobre: *Al Virgilio del siglo XIX*, en el cual se leia este pasaje alterado de la Eneida: *Macte animo, generose puer*. El postillon agitó el látigo, y yo partí enorgullecido de mi alta fama en Basilea, admirado de oírme llama Virgilio, encantado de ser niño, *generose puer*.

RIBERAS DEL RHIN.—SALTO DEL RHIN.—MOSKIRCH.—TEMPESTAD.

Atravesé el puente, dejando á los ciudadanos de Basilea en guerra en medio de su república, y des- empeñando á su modo el papel que están llamados á representar en la trasformacion general de la sociedad. Subí la margen derecha del Rhin, y miré con cierta tristeza las altas colinas del canton de Basilea. El destierro que habia venido á buscar en los Alpes el año anterior me parecia un término de la vida mas feliz, una suerte mas agradable que los negocios políticos en que habia vuelto á entrar. ¿Abri- gaba yo la mas pequeña esperanza favorable á la suerte de la señora duquesa de Berry y de su hijo? No: estaba ademas convencido de que, á pesar de mis recientes servicios, no hallaria amigos en Praga. Cualquiera que haya prestado juramento á Luis Felipe, con tal que alabe las ordenanzas, debe ser mas agradable á Carlos X que yo, que no he sido perjuro. Es demasiado para con un rey tener dos veces razon, y ellos prefieren la traicion halagüeña á la adhesion severa. Yo iba, pues, á Praga como iba á la cuerda el soldado siciliano ahorcado en París en tiempo de la liga: el confesor de los napolitanos trataba de ponerle el corazon en el vientre, dándole de beber, y le decia por el camino: *¡Allegramente, allegramente!* Asi bogaban mis pensamientos mientras me arrastraban los caballos; pero cuando pensaba en la madre de Enrique V, me reconvenia á mí mismo por haberlos tenido.

Las orillas del Rhin, huyendo al paso que avanzaba mi carruaje, me distraian agradablemente; cuando se mira un paisaje por una ventana, aunque se piense en otra cosa, penetra sin embargo, en el pensamiento un reflejo de la imagen que se tiene á la

vista. Rodábamos por praderas esmaltadas por las flores de mayo, y los bosques, los verjeles y las calles de árboles presentaban un verdor delicioso. En los campos se hallaban con sus dueños caballos, asnos y vacas, perros y carneros, pollos y pichones. El Rhin, río guerrero, parecia complacerse en medio de esta escena pastoril, como un viejo soldado que se aloja de paso en casa de unos labradores.

El dia siguiente por la mañana, 18 de mayo, antes de llegar á Schaffouse, me hice conducir al salto del Rhin, y dejé de pensar algunos momentos en la caída de los reinos para instruirme con su imagen. Yo habria acabado de buena gana mis dias en el castillejo que domina la cascada. Si yo hubiese colocado en el Niágara el sueño de Atala, no realizado aun; si hubiese encontrado en Tivoli otro sueño pasado ya en la tierra, ¿quién sabe si en el castillejo de la caída del Rhin no habria hallado una vision mas bella, errante en otro tiempo á sus orillas, y que me hubiera consolado de todas las sombras que habia perdido?

Desde Schaffouse continué mi camino por Ulm. Hay en el país muchas lagunas, cuyas orillas se hallan cultivadas, y en las que bañan sus pies montecillos cubiertos de árboles, y separados los unos de los otros. En este bosque que se aprovechaba entonces, se distinguian muchas encinas, derribadas unas, de pie otras; las primeras descortezadas en tierra, y sus troncos y sus ramas desnudas y blancas como el esqueleto de un animal extraño; las segundas cargadas de bellotas sus ramas, y llena de una pelusa negra la verde frescura de la primavera: ellas reunian, lo que no se ve jamás en el hombre, la doble belleza de la vejez y de la juventud.

En los plantíos de la llanura, los troncos arrancados dejaban hoyos vacíos, y el suelo se habia convertido en pradera. Estos campos de césped, en medio de bosques sombríos, tienen algo de severo y risueño, y recuerdan las sabanas del Nuevo Mundo. Las cabañas tienen aun algo del aspecto suizo, y las chozas y las posadas se distinguen por su limpieza agradable que no se conoce en nuestro país.

Habiéndome detenido á comer en Moskirch entre las seis y las siete de la tarde, me asomé á la ventana de la posada á contemplar el paisaje: los rebaños bebían en una fuente, y una ternera saltaba y brincaba como un cabritillo. Donde quiera que se trata con dulzura á los animales, son alegres y se manifiestan contentos á la vista del hombre. En Alemania y en Inglaterra no se pega á los caballos ni se les maltrata con palabras; ellos mismos se colocan en las varas, parten y se detienen á la menor inflexion de la voz ó al mas ligero movimiento de la brida. De todos los pueblos los franceses son los mas inhumanos: nuestros postillones, para enganchar los caballos, les pegan golpes con los pies en las ancas y en los hijares, les dan con el mango del látigo en la cabeza; y les destrozan la boca con el freno para hacerles regular, acompañando todo esto con juramentos, gritos é insultos al pobre animal. A las bestias de carga se les hace que tiren ó lleven pesos superiores á sus fuerzas, y para obligarlas á andar se les rompe el cuero á latigazos: hemos heredado la ferocidad de los galos; solo que la ocultamos bajo la seda de nuestras medias y de nuestras corbatas.

Yo no era el único que contemplaba la naturaleza; las mujeres hacian otro tanto en las ventanas de sus casas. Al atravesar aldeas desconocidas me he preguntado muchas veces:—«¿Querrias vivir aquí?» Y siempre me he respondido:—«¿Por qué no?» Alguien me ha dicho, durante las locas horas de mi juventud, con el trovador Pedro Vidal:

Don n'ai mais d'un pauv cordo
Que Na Raymbanda me do
Quel reys Richartii ab. Peitieux
Ni ad Tors ni ab Angieus.

«Yo soy mas rico con una cinta que la bella Raimunda me dé, que el rey Ricardo con Poitiers, Tours y Angers.» Materia de sueños hay por todas partes; penas y placeres tambien: las mujeres de Moskirch que miraban al cielo ó mi silla de postas, que me miraban ó no miraban nada, ¿no tenían alegrías ó pesares, intereses de corazon, de fortuna, de familia, como se tienen en París? Yo habria profundizado mucho la historia de mis vecinas si la comida no se hubiese anunciado poéticamente al estallido de un trueno: era mucho ruido para tan poca cosa.

EL DANUBIO.—ULM.

19 de mayo de 1833.

A las diez de la noche volví á subir al carruaje, y me dormí al ruido que hacia la lluvia cayendo sobre la cubierta del birlocho. El sonido de la trompeta de mi postillon me despertó, y oí el ruido de un río que no veia. Nos hallábamos detenidos á las puertas de una ciudad: abriéronse aquellas, y procedieron á examinar mi pasaporte y mi equipaje: entramos en el vasto imperio de S. M. wurtemberguesa. Saludé en mi Memoria á la gran duquesa Elena, flor graciosa y delicada, encerrada ahora en la invernal del Volga. No concebí mas que un solo dia el valor de una posicion elevada y de la fortuna, y fue en la fiesta que dí á la jóven princesa de Rusia en los jardines de la quinta de Médicis. Allí conocí cuánto podian embriagar la magia del cielo, el encanto de los sitios, el prestigio de la belleza y del poder: figurábame ser á la vez Torcuato Tasso y Alfonso de Este, y valia yo mas que el príncipe, menos que el poeta: Elena era mas bella que Leonor. Representante yo del beredero de Francisco I y de Luis XIV, tuve el sueño de un rey de Francia.

No me registraron, bien que nada llevaba contra los derechos de los soberanos, yo que reconocia los de un jóven monarca cuando los mismos soberanos habian dejado de reconocerlos. La vulgaridad y lo reciente de la aduana y del pasaporte contrastaban con la tempestad, la puerta gótica, el sonido de la trompeta y el ruido del torrente.

En vez de la castellana oprimida que me preparaba á libertar, encontré al salir de la ciudad un pobre anciano, el cual me pidió seis krentzer levantando con la mano izquierda una linterna á la altura de su cabeza cenicenta, alargando la mano derecha á Schwartz, sentado en el pescante, y abriendo su boca como un sollo cogido en el anzuelo; Bautista, enfermo y mojado, no pudo menos de reirse.

¿Qué torrente era ese que acababa yo de pasar? Preguntéelo al postillon, quien me gritó:—«Donau» (el Danubio). Otro río célebre, atravesado por mí sin saberlo, como habia bajado al lecho de adelfas del Eurotas sin conocerlo. ¿De qué me ha servido beber de las aguas del Meschacebé, del Eridano, del Tiber, del Cefiso, del Hermus, del Jordan, del Nilo, del Bétis, del Tajo, del Ebro, del Rhin, del Sprée, del Sena y de otros cien rios oscuros ó célebres? Los ignorados no me han dado su tranquilidad; los ilustres no me han comunicado su gloria; solo podrán decir que me han visto pasar como sus riberas ven pasar sus ondas.

Llegué bastante temprano el domingo 19 de mayo á Ulm, despues de haber recorrido el teatro de las campañas de Moreau y de Bonaparte.

Jacinto, miembro de la legion de honor, llevaba su cinta, y esta condecoracion nos atraia increíbles respetos. Como yo no llevaba en el ojal mas que una florecita, segun mi costumbre, pasaba antes de que se supiese mi nombre, por un ser misterioso; mis mamelucos, en el Cairo, querian que yo fuese de grado ó por fuerza un general de Napoleon disfrazado

de farraguista erudito; no desistían ellos de su idea, y aguardaban á cada momento verme poner el Egipto en el cinturón de mi caftán.

Sin embargo, entre los pueblos cuyas aldeas hemos quemado y cuyas cosechas hemos devastado, es donde existen esos sentimientos. Yo gozaba de esa gloria; pero sino hubiésemos hecho mas que bien á la Alemania, nos echarían tanto de menos? ¡Inexplicable naturaleza humana!

Los males de la guerra han quedado olvidados: en el suelo de nuestras conquistas hemos dejado el fuego de la vida. Aquella masa inerte, puesta en movimiento, continúa fermentando, porque principia en ella la inteligencia. Al viajar uno hoy advierte que los pueblos velan con la maleta á cuestas, y que, dispuestos á marchar, parecen aguardarnos para ponernos al frente de la columna. A cualquier francés le toman por el ayudante que trae la órden de marcha.

Ulm es una pequeña ciudad aseada, sin carácter particular: sus fortificaciones destruidas se han convertido en huertas y paseos, cosa que sucede á todas las fortificaciones. Su suerte tiene alguna analogía con la de los militares: el soldado hace el servicio de las armas en su juventud, y cuando queda inválido se dedica á hortelano.

Fuí á ver la catedral, nave gótica de elevada torre. Los costados bajos se dividen en dos bóvedas estrechas sostenidas por una sola hilera de pilares, de modo que el edificio interior participa á la vez de la catedral y de la basílica.

El púlpito tiene por tornavoz un elegante campanario terminado en punta como una mitra: el interior de ese campanario se compone de un nodo, alrededor del cual corre una bóveda en forma de hélice de filigrana de piedra. Unas agujas simétricas que salen á la parte de afuera parecían haber sido destinadas para tener velas, las cuales iluminaban aquella tiara cuando el pontífice predicaba en los días de fiesta. En vez de sacerdotes que oficiasen, vi solo algunos pajarrillos que revoloteaban en aquel ramaje de granito, celebrando la palabra que les dió voz y alas el quinto día de la creación.

La nave estaba desierta: á la cabecera de la iglesia dos grupos separados de mozos y mozas asistían á una plática.

La reforma, ya lo he dicho, hace mal en mostrarse en los monumentos católicos que ella ha invadido, porque aparece en ellos mezquina y vergonzosa. Aquellos elevados pórticos piden un clero numeroso, la pompa de las solemnidades, los cánticos, los cuadros, los ornamentos, los velos de seda, las colgaduras, los encajes, la plata, el oro, las lámparas, las flores y el incienso de los altares. Por mas que diga el protestantismo que ha vuelto al cristianismo primitivo, las iglesias góticas le responden que ha renegado de sus padres: los cristianos, arquitectos de aquellas maravillas, eran otros que los hijos de Lutero y de Calvino.

BLNHEIM.—LUIS XIV.—SELVA HERNICIANA.—LOS BÁRBAROS.—NACIMIENTO DEL DANUBIO.

19 de mayo de 1835.

El 19 de mayo al medio día dejé á Ulm. En Dillingen faltaron caballos, y permanecí una hora en la calle Real, recreando mi vista en un nido de cigüeña situado sobre una chimenea como sobre un minarete de Atenas: una multitud de gilgueros habían hecho insolentemente sus nidos en el lecho de la pacífica reina del cuello largo. Debajo de la cigüeña, una dama que habitaba en el piso principal miraba á los transeúntes á la sombra de una celosía medio levantada, y debajo de la dama había un santo de madera en un nicho. El santo caerá precipitado de su nicho

en el suelo; la mujer de su ventana en la tumba: ¿y la cigüeña? volará de allí, y así concluirán los tres pisos.

Entre Dillingen y Donauwert se atraviesa el campo de batalla de Blenheim. Las pisadas de los ejércitos de Moreau sobre el mismo suelo no han borrado las de los ejércitos de Luis XIV: la derrota del gran rey domina en la comarca los triunfos del grande emperador.

El postillon que me conducía era de Blenheim: cuando llegó cerca de su aldea, tocó la trompeta: tal vez anunciaba su paso á la aldeana á quien amaba, y esta se estremecía de placer en los mismos campos en que fueron hechos prisioneros veinte y siete batallones y doce escuadrones franceses y en donde el regimiento de Navarra, cuyo uniforme tuve el honor de llevar, enterró sus estandartes al lúgubre sonido de las trompetas: estos son los lugares comunes de la sucesión de los tiempos. En 1798 la república arrancó de la iglesia de Blenheim los estandartes quitados á la monarquía en 1704: de ese modo vengaba al reino é inmortalaba al rey; echaba abajo la cabeza de Luis XVI; pero solo permitía á la Francia desgarrar la bandera blanca.

Nada hace conocer mejor la grandeza de Luis XIV que hallar su memoria hasta en los barrancos formados por el torrente de las victorias napoleónicas. Las conquistas de aquel monarca dejaron á nuestro país fronteras que todavía nos guardan. El alumno de Brienne, á quien la legitimidad dió una espada, encerró por un momento la Europa en su antecámara; pero muy luego se le marchó; el nieto de Enrique IV puso esa misma Europa á los pies de la Francia, y así permaneció. Esto no significa que compare á Napoleon con Luis XIV; hombres ambos de diversos destinos, pertenecen á siglos distintos, á naciones diferentes: el uno terminó una era; el otro inauguró un mundo. Puede decirse de Napoleon lo que dice Montaigne de César: «Excuso á la victoria de no haberse podido desenredar de él.»

Las indignas colgaduras del palacio de Blenheim que vi con Pelletier, representan al mariscal de Tallart quitándose el sombrero al duque de Marlborough, el cual está en actitud de Rodomont. No por eso dejó de ser Tallart el favorito del anciano Leon: prisionero en Londres, venció en el ánimo de la reina Ana á Marlborough, que le había derrotado en Blenheim, y murió siendo miembro de la Academia francesa. «Era, segun Saint-Simon, hombre de mediana estatura, con ojos un poco envidiosos, dotado de mucho fuego y talento; pero atormentado siempre del diablo por su ambición.»

Voy haciendo historia en birlocho: ¿y por qué no? César la hacía en litera, y si él ganaba las batallas que escribía, yo no he perdido la de que hablo.

Entre Dillingen á Donauwert hay una rica llanura de desigual nivel, en donde están mezclados los sembrados de trigo con las praderas, y se acerca uno ó se aleja del Danubio, segun las curvas del camino y las inflexiones del río. A esta altura las aguas del Danubio son todavía amarillas como las del Tíber.

Apenas se sale de una aldea, cuando se divisa ya otra: aquellos pueblos son aseados y risueños, y con frecuencia se ven frescos en las paredes de las casas. Conforme se acerca uno al Austria, se pronuncia cada vez mas un cierto carácter italiano: el habitante del Danubio no es ya el aldeano del Danubio.

«Una espesa barba cubria su rostro, y su velludo cuerpo representaba un oso, pero un oso mal configurado.»

Falta aquí el cielo de Italia: el sol está bajo y blanco: aquellas aldeas, con tal profusion sembra-

das, no son esos pueblos de la Romanía que protegen las obras maestras de las artes ocultas debajo de ellos: con solo arañar la tierra, esta labor hace brotar, como una espiga de trigo, alguna maravilla del cincel antiguo.

En Donauwert sentí haber llegado demasiado tarde para gozar de una hermosa perspectiva del Danubio. El lunes 21 igual aspecto en el paisaje; pero el suelo no es tan bueno, y los aldeanos parecen mas pobres. Principianse á ver montes de pinos y colinas. La selva Herculiana llegaba hasta aquí; los árboles, cuya singular descripción nos dejó Plinio, fueron destruidos por generaciones sepultadas ahora con las añosas encinas.

Cuando Trajano echó un puente sobre el Danubio, la Italia oyó por la vez primera el nombre tan fatal al mundo antiguo, el nombre de los godos. Abrióse el camino á hordas de salvajes que marcharon al saqueo de Roma. Los hunos y su Atila construyeron sus palacios de madera, á semejanza del Coliseo, á orillas del río rival del Rin, y como este, enemigo del Tíber. Las hordas de Alarico pasaron el Danubio en 376 para derribar el imperio griego civilizado, en el mismo sitio en que lo atravesaron los rusos en 1828 con el designio de derribar el imperio bárbaro asentado sobre los escombros de la Grecia. ¿Habria adivinado Trajano que al otro lado de los Alpes, en los confines del río que él había casi descubierto, llegaría á establecerse un día una civilización de una especie nueva? El Danubio, que nace en la selva Negra, va á morir en el mar Negro. ¿En dónde se halla su principal manantial? En el patio de un baron alemán el cual emplea la mayade en lavar su ropa blanca. Habiendo querido un geógrafo negar el hecho, el noble propietario le puso pleito, y quedó decidido por sentencia que el manantial del Danubio estaba en el patio del expresado baron y no podia estar en otra parte. ¿Cuántos siglos se han necesitado para llegar de los errores de Tolomeo á esta importante verdad! Tácito hace descender al Danubio del monte Abnoba, *montis Abnoba*. Pero los barones heronduros, que-ruscos, marcomanos y cuados, que son las autoridades en que se apoya el historiador romano, no eran tan entendidos como nuestro baron alemán. Eudoro no sabia tanto cuando le hacia yo viajar en las embocaduras del Ister, adonde el Euxino, segun Racine, debía llevar á Mitridates en *dos días*. «Habiendo pasado el Ister junto á su embocadura, descubrí un sepulcro de piedra, sobre el cual crecía un laurel. Arranqué la yerba que cubria algunas letras latinas, y pronto pude leer este primer verso de las elegias de un poeta infortunado:

Libro mio irás á Roma é irás á Roma sin mí.
(Mártires.)

Al perder el Danubio su soledad ha visto reproducirse en sus riberas los males inseparables de la sociedad: pestes, hambres, incendios, saqueos de ciudades, guerras y esas divisiones que renacen sin cesar de las pasiones ó de los errores humanos.

«Ya hemos visto al Danubio inconstante, que unas veces católico y otras protestante, sirve á Roma y á Lutero con sus aguas, y que teniendo luego en nada al romano y al luterano, concluye su bagabundo curso por no ser cristiano siquiera.»

RATISBONA.—FÁBRICA DE EMPERADORES.—DISMINUCION DE LA VIDA SOCIAL CONFORME SE ALEJA UNO DE FRANCIA.—SENTIMIENTO RELIGIOSO DE LOS ALEMANES.

Después de Donauwert se encuentra á Burkheim y á Neubourg. Para almorzar me sirvieron en Ingolstadt venado: es una lástima comer un animal tan

hermoso, siempre he leído con horror la descripción de la fiesta de la instalación de Jorge de Neville, arzobispo de York en 1466: asáronse en ella cuatrocientos cisnes, que cantaban en coro su himno fúnebre. También se hace mención en dicho banquete de doscientos cuatro gansos, y lo creo muy bien.

Regensburg, que llamamos nosotros *Ratisbona*, presenta al llegar por Donauwert un aspecto agradable. Daban las dos el 21 cuando me detuve delante de la casa de postas. Mientras que enganchaban, operación siempre larga en Alemania, entré en una iglesia inmediata, llamada la *Capilla vieja*, blanqueada y dorada de nuevo. Ocho ancianos sacerdotes negros, de cabellos blancos, cantaban las visperas: en otro tiempo había yo orado en una capilla de Tivoli por un hombre que estaba orando á mi lado: en una de las cisternas de Cartago había ofrecido también mis oraciones á San Luis, muerto no lejos de Utica, mas filósofo que Catón, mas sincero que Anibal, mas piadoso que Eneas: en la capilla de Ratisbona tuve la idea de recomendar al cielo al jóven rey á quien venia yo á buscar; pero temia demasiado la cólera de Dios para solicitar una corona, y supliqué al dispensador de toda gracia que concediese al huérfano la dicha y le diese el desden del poder.

De la Capilla vieja pasé á la catedral. Mas pequeña esta que la de Ulm, es mas religiosa y de mejor estilo. Sus vidrieras de colores, la cubren de esa oscuridad que tanto se presta al recogimiento. La capilla blanca convenia mejor á mis votos por la memoria de Enrique: la sombría basílica me conmovió todo por mi antiguo rey Carlos.

Poco me importaba el edificio donde se elegia en otro tiempo á los emperadores, lo cual prueba al menos que había soberanos electivos, y hasta soberanos á quienes se juzgaba. La cláusula 48 del testamento de Carlomagno dice: «Si algunos de nuestros nietos, nacidos ó por nacer, son acusados, mandamos que no se les rape la cabeza, que no se les saque los ojos, que no se les corte miembro ninguno, ni se les condene á muerte sin buena discusión y sin exámen.» No recuerdo que emperador de Alemania depuesto reclamó solo la soberanía de un viñedo que merecía su predilección.

En Ratisbona, fábrica en otro tiempo de soberanos, se acuñaban emperadores, á veces de baja ley: este comercio se ha perdido: una batalla de Bonaparte y el príncipe primado, servil cortesano de nuestro universal gendarme, no han resucitado la ciudad que se moría. Los regemburgueses, vestidos y rollizos como el pueblo de París, no tienen fisonomía ninguna particular. La ciudad, por falta de un número bastante crecido de habitantes, es melancólica: la yerba y el cardo se apoderan de sus barrios, y no tardarán en levantar plumas y sus lanzas sobre sus torreones. Kepler, que hizo girar á la tierra lo mismo que Copérnico, reposa para siempre en Ratisbona.

Salimos al puente del camino de Praga, puente muy elogiado y muy feo. Al dejar el lecho del Danubio se principia á subir escarpaduras. Kirn, primera parada, está situado sobre una áspera cuesta, desde cuya altura, y al través de nubes acuosas, descubrí colinas melancólicas y pálidos valles. La fisonomía de los aldeanos cambia: los muchachos amarillos y abotagados tienen el aire enfermizo.

De Kirn á Waldmunchen aumenta la indigencia de la naturaleza: apenas se ven ya aldeas, y solo se encuentran cabañas hechas de troncos de abeto unidos con una argamasa de tierra como en las gargantas mas estériles de los Alpes.

La Francia es el corazón de la Europa: á medida que uno se aleja de ella disminuye la vida social, y puede juzgarse de la distancia á que se halla uno de

París por la mayor ó menor languidez del país adonde se retira. En España é Italia la disminucion del movimiento y la progresion de la muerte son menos sensibles: en el primer país llaman la atencion otro pueblo, otro mundo, los árabes cristianos: en el segundo, el encanto del clima y de las artes, la seducion de los amores y de las ruinas, no dejan tiempo para aburrirse. Pero en Inglaterra, á pesar de la perfeccion física, y en Alemania, á pesar de la moralidad de los habitantes, se siente uno desfallecer. En Austria y en Prusia pesa el yugo militar sobre las ideas de uno como el cielo sin luz sobre vuestra cabeza: no sé qué cosa hay que advierte que no se puede escribir, hablar ni pensar con independencia; que es preciso segregar de la existencia toda la parte noble, y dejar ociosa la primera facultad del hombre, como un don inútil de la divinidad. Como las artes y la belleza de la naturaleza no vienen á engañar las horas de uno, no queda mas recurso que sumergirse en una torpe disipacion ó entregarse á esas verdades especulativas con que se contentan los alemanes. Para un francés, ó al menos para mí, ese modo de existir es imposible; sin dignidad no comprendo la vida, que hasta es difícil comprender con todas las seducciones de la libertad, de la gloria y de la juventud.

Sin embargo, una cosa me encanta en el pueblo alemán: el sentimiento religioso. Si no estuviese demasiado cansado, dejaria la posada de Nittenau, donde hago los apuntes de este diario, é iria á la oracion de la tarde con esos hombres, esas mujeres y esos niños á quienes llama á la iglesia el tañido de una campana. Aquella muchedumbre, viéndome de rodillas en medio de ella, me acogeria en virtud de la union de una fe comun. ¿Cuándo llegará el día en que unos filósofos en su templo bendigan á un filósofo que llegue por la posta, y ofrezcan con ese extranjero una oracion semejante á un Dios acerca del cual están discordes todos los filósofos? El rosario del cura es mas seguro, y á él me atengo.

LLEGADA Á WALDMUNCHEN. — ADUANA AUSTRIACA. — PROHIBICION DE ENTRAR EN BOHEMIA. — PERMANENCIA EN WALDMUNCHEN. — CARTAS AL CONDE DE CHOTEK. — INQUIETUDES. — EL VIÁTICO.

21 de mayo.

Waldmunchen, adonde llegué el martes 21 de mayo por la mañana, es la última aldea de Baviera por este lado de Bohemia. Felicitábame de hallarme en disposicion de cumplir prontamente mi mision: estaba solo á cincuenta leguas de Praga. Sumergíme en el agua helada, y me arreglé, mirándome en una fuente, como un embajador que se prepara para una entrada triunfal. Partí, y á una media legua de Waldmunchen me acerqué con la mayor seguridad á la aduana austriaca. Una barrera bajada cerraba el camino, y bajé con Jacinto, en cuyo pecho resplandecía la cinta encarnada. Un joven aduanero, armado con un fusil, nos condujo á una sala en forma de bóveda de un piso bajo de una casa. Allí estaba sentado á su mesa, como si fuese en un tribunal, un grueso y anciano gefe de aduaneros alemanes, cabellos rojos, bigotes rojos, cejas espesas formando sesgo sobre dos ojos verduscos medio abiertos, aire maligno, mezcla del espia de policía de Viena y del contrabandista de Bohemia.

Tomó nuestros pasaportes sin hablar palabra, y el joven aduanero me acercó tímidamente una silla, mientras que el gefe, ante el cual parecia temblar, examinaba los pasaportes. No me senté, y me acerqué á ver unas pistolas colgadas á la pared y una carabina colocada en un rincon de la pieza, la cual me recordó el fusil con que el agá del istmo de Corinto disparó contra el aldeano griego. Despues de cinco

minutos de silencio, el austriaco ladró dos ó tres palabras, que mi basileo tradujo así:

—No pasareis.
—¿Y por qué no?
—Aquí principiaron las explicaciones.
—No estan vuestras señas en el pasaporte.
—Mi pasaporte es un pasaporte del ministerio de Negocios Extranjeros.
—Vuestro pasaporte es antiguo.
—No tiene un año de fecha, y es válido legalmente.
—No está visado por la embajada austriaca en París.

—Os equivocais, que sí lo está.
—Le falta el sello en seco.
—Será olvido de la embajada: además, ahí está el visto bueno de las demás legaciones extranjeras. He cruzado el canton de Basilea, el gran ducado de Baden, el reino de Wurtemberg, toda la Baviera, y nadie me ha puesto el menor obstáculo. Con solo declarar mi nombre, ni siquiera han desdoblado mi pasaporte.

—¿Teneis algun carácter público?
—He sido ministro en Francia, y embajador de S. M. C. en Berlin, Lóndres y Roma. Soy conocido personalmente de vuestro soberano y del príncipe de Metternich.

—No pasareis.
—¿Quereis que preste fianza? ¿Quereis darme una guarda que responda de mí?
—No pasareis.
—¿Y si enviara un propio al gobierno de Bohemia?

—Haced como gustéis.
Fáltome la paciencia, y principié á dar al aduanero á todos los diablos. Embajador de un rey sobre su trono, poco me hubiera importado perder algunas horas; pero embajador de una princesa aprisionada, me creia infiel con la desgracia, traidor con mi soberana cautiva.

El hombre escribia, y el basileo no traducía mi monólogo; pero hay palabras francesas que nuestros soldados han enseñado al Austria, y que esta no ha olvidado. Díjeme al intérprete: —«Espícale que me dirijo á Praga para ofrecer mis homenajes al rey de Francia.» El aduanero sin interrumpir lo que estaba escribiendo, replicó: —«Carlos X no es para el Austria el rey de Francia.» Yo repuse: —«Lo es para mí.» Estas palabras lanzadas al cancerbero parecieron causarle algun efecto, y me miró oblicuamente y por lo bajo. Creí que su larga apuntacion seria al fin un visto bueno favorable: él por su parte, despues de hacer otros cuantos garabatos en el pasaporte de Jacinto, lo pasó todo al intérprete. Sucedió que el visto bueno era una explicacion de los motivos que no le permitian dejarme continuar mi camino; de suerte que no solo me era imposible ir á Praga, sino que mi pasaporte estaba tachado de falso para los demás puntos en que pudiera presentarme. Volvíme al carruaje, y le dije al postillon: —«A Waldmunchen.»

Mi regreso no sorprendió al dueño de la posada, el cual hablaba algo el francés, y me refirió que lo mismo habia sucedido á otros extranjeros, los cuales se habian visto obligados á detenerse en Waldmunchen y enviar sus pasaportes para ser visados en Munich por la legacion austriaca. Mi posadero, muy buen hombre y administrador de correos, se encargó de trasmitir al gran burgrave de Bohemia la carta, cuya copia va á continuacion:

«Waldmunchen 21 de mayo de 1855.

«Señor gobernador: Teniendo el honor de ser conocido personalmente de S. M. el emperador de Austria y del príncipe de Metternich, habia creído que

podía viajar por los Estados austriacos con un pasaporte que, no contando aun un año de fecha, era todavía válido legalmente, y se hallaba además visado por el embajador de Austria en París para Suiza é Italia. En efecto, señor conde; he cruzado la Alemania, y mi nombre ha bastado para que me dejasen pasar. Esta mañana, sin embargo, el gefe de la aduana austriaca de Haselbach no se ha creído autorizado para concederme el pase, por los motivos enunciados en su anotacion en mi pasaporte, que va adjunto, y en el de Mr. Pilorge, mi secretario, y me ha obligado, con gran pesar mio, á retroceder á Waldmunchen en donde espero vuestras órdenes. Me atrevo á esperar, señor conde, que tendreis á bien remover la pequeña dificultad que me detiene, enviándome por el propio que tengo el honor de expediros el permiso necesario para ir á Praga, y desde allí á Viena.

«Soy con la mayor consideracion, señor gobernador, vuestro muy humilde y obediente servidor.

«CHATEAUBRIAND.

«Perdonad, señor conde, la libertad que me tomo de enviar adjunto un billete abierto para el duque de Blacas.»

Un poco de orgullo se trasluce en esta carta, porque me sentia lastimado. Veíame tan humillado como Ciceron cuando, al volver en triunfo de su gobierno de Asia, le preguntaron sus amigos si venia de Bayas ó de Tusculano. Pues qué, ¡mi nombre, que volaba de un polo al otro, no habia llegado á oídos de un aduanero en las montañas de Haselbach! Cosa tanto mas cruel, cuanto que se han visto mis triunfos en Basilea. En Baviera habia sido yo saludado con el título de monseñor ó de excelencia; y un oficial bávaro decia en voz alta en Waldmunchen que mi nombre no necesitaba del visto bueno de un embajador de Austria. Confieso que estos consuelos eran grandes; pero siempre dominaba una triste verdad, y es que existia sobre la tierra un hombre que nunca habia oido hablar de mí.

¿Quién sabe, no obstante, si el aduanero de Haselbach me conocia! ¡Las policías de todos los países están enlazadas tan íntimamente! Un hombre político, que no aprueba ni admira los tratados de Viena; un francés, que quiere el honor y la libertad de la Francia, pudiera muy bien estar anotado en el Index de Viena. ¡Qué noble venganza la de proceder con Mr. de Chateaubriand como con uno de esos comisionistas, tan sospechosos á los espías! ¡Qué dulce satisfaccion la de tratar como á un vagabundo cuyos papeles no están en regla á un enviado encargado de llevar traidoramente á un niño desterrado los adioses de su madre cautiva!

El propio partió de Waldmunchen el 21 á las once de la mañana, y calculé que podia estar de vuelta á los dos dias, el 23, de doce á cuatro; pero mi imaginacion no descansaba. ¿Qué iba á ser de mi mensaje? Si el gobernador es hombre firme y que sepa vivir, me enviará el permiso; si es tímido y sin talento, me responderá que no estando mi petición en sus atribuciones, se habia apresurado á consultar á Viena. Este pequeño incidente puede agrandar y desagradar á la vez al príncipe de Metternich. Sé cuánto teme á los periódicos, y le he visto en Verona abandonar los asuntos mas importantes y encerrarse azorado con Mr. de Gentz para redactar un artículo en contestacion á *El Constitucional* y á *los Debates*. ¿Cuántos dias trascurrirán hasta la trasmision de las órdenes del ministro imperial?

Por otra parte, ¿tendrá Mr. de Blacas un placer en verme en Praga? ¿No creará Mr. de Damas que voy á destronarle? ¿No dará ningun cuidado al cardenal de Latil? ¿No se aprovechará el triunvirato del

accidente ecurrido para hacerme cerrar las puertas en vez de hacérmelas abrir? Nada mas fácil: basta una palabra dicha al gobernador al oído, palabra que ignoraré toda mi vida. ¿En qué inquietud no estarán mis amigos de París? Cuando se trasluzca la aventura ¿qué ruido no meterán las gacetas? ¿Qué extravagancias no harán correr?

¿Y si el gran burgrave no tiene por conveniente contestar? ¿Y si está ausente y nadie se atreve á reemplazarlo? ¿Qué será de mí sin pasaporte? ¿Dónde podré hacerme reconocer? ¿En Munich? ¿En Viena? ¿Qué maestro de postas me facilitará caballos? Estaré de hecho preso en Waldmunchen.

Ya pensaba en los dragones que me iban á fusilar, y en mi alejamiento de todo cuanto me era querido. Me queda demasiado poco tiempo que vivir para perder ese poco. Horacio dijo: *Carpe diem* (coge el día): consejo del placer á los veinte años, de la razon á mi edad.

Cansado de rumiar todos los casos en mi cabeza, oí el ruido de mucha gente por fuera: mi posada estaba en la plaza de la aldea: me asomé á la ventana; y vi á un cura que llevaba los últimos sacramentos á un moribundo. ¿Qué le importaban á ese moribundo los asuntos de los reyes, de sus servidores y del mundo? Todos abandonaban lo que estaban haciendo y se iban en seguimiento del cura: jóvenes, ancianas, niños, madres con sus criaturas en brazos, repetian las oraciones de los agonizantes. Cuando el cura llegó á la puerta del enfermo, dió la bendicion con el santo Viático. Los asistentes se hincaron de rodillas haciendo la señal de la cruz y bajando la cabeza. El pasaporte para la eternidad no será desconocido por el que distribuye el pan y da albergue al viajero.

CAPILLA. — MI CUARTO EN LA POSADA. — DESCRIPCION DE WALDMUNCHEN.

Aunque habia estado siete dias sin acostarme, no pude quedarme en casa: no era mas de la una. Al salir de la aldea por el lado de Ratisbona, vi á la derecha, en medio de un campo de trigo, una capilla blanca, y dirigí á ella mis pasos. Estaba cerrada la puerta, y á través de una ventana se divisaba un altar con una cruz. Sobre el arquitrabe se hallaba escrita la fecha de la construccion, 1830: derribábase una monarquía en París y se erigia una capilla en Waldmunchen. Las tres generaciones desterradas debian venir á habitar un destierro á cincuenta leguas del nuevo asilo consagrado al rey crucificado. Millones de acontecimientos se consuman a la vez: ¿qué le importa al negro dormido bajo una palmera á orillas del Níger el blanco que cae en el mismo instante herido del puñal en las riberas del Tiber? ¿Qué le importa al que llora en Asia el que rie en Europa? ¿Qué le importaba al albañil que construía aquella capilla, al sacerdote bávaro que exaltaba aquel crucifijo en 1830, el demoleedor de Saint-Germain l'Auxerrois, el destructor de cruces en 1831? Los sucesos solo tienen que ver con los que en ellos sufren ó los que de ellos se aprovechan, y nada son para los que los ignoran, ó para aquellos á quienes no alcanzan. Una raza de pastores en los Abruzzos habrá visto pasar, sin bajar de la montaña, los cartagineses, los romanos, los godos, las generaciones de la edad media y los hombres de la época actual. Esa raza no se ha mezclado á los habitantes sucesivos del valle, y solo la religion ha subido hasta ella.

De vuelta á la posada me arrojé sobre dos sillas con la esperanza de dormir; pero fue en vano; el movimiento de mi imaginacion era mas fuerte que mi cansancio. Yo no podia olvidar mi despacho, y la comida nada hizo adelantar al asunto. Acostéme en medio del rumor de los rebaños, que volvían del campo. A las diez otro ruido: el sereno cantó la hora: ladraron cin-